

Manuel de Jesús Corral y Corral, *La comunicación y sus entramados en América Latina. Cambiar nuestra casa*, México, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2004, 146 pp.

Hay en la palabra directa, que busca instaurar el diálogo a través de la denuncia de la cruda realidad, el riesgo de paralizarnos por la impresión. Por ello, analizamos a medias la situación de las mayorías americanas, vía los medios de transmisión del mensaje dirigido; sin embargo, cuando un escritor que nos requiere como dialogantes nos enfrenta al hecho de que el proyecto incluyente y pluriétnico-cultural de la Independencia de América ha sido traicionado al punto que las élites de poder han dejado hasta de tenernos miedo y nos conciben sólo como potenciales compradores y clientes cargados de necesidades, entonces experimentamos un momento de desasosiego.

Tras leer *La comunicación y sus entramados en América Latina. Cambiar nuestra casa* de Manuel de Jesús Corral, espero que mi desasosiego se convierta en el momento previo a la toma de una decisión vital y comunicativa.

La comunicación y sus entramados en América Latina me ha provocado un sentimiento de identidad con muchas de las ideas expresadas. La primera de las sensaciones de pertenencia a un ámbito común de reflexión, me la despertó la relación entre el título y el contenido de este libro que considera a la comunicación como un proceso cotidiano de transmisión, recepción y creación dialógica, tanto de la cultura y la política como de los códigos de entendimiento humano. Frente a las acepciones vulgares de comunicación —que la convierten en sinónimo de un polo de transmisión de noticias emitidas por los portavoces del sistema mediante aparatos de tecnología electrónica— Manuel Corral recupera el sentido social dinámico del intercambio de saberes y valores entre personas y culturas diferentes. Nos propone, por lo tanto, establecer una articulación entre los procesos culturales y los procesos de comunicación; re-

solver el problema del desencuentro entre el trabajo teórico y la experiencia social para advertir los modos en que la gente piensa, percibe, siente y vive los procesos de comunicación; y, finalmente, a través del análisis de las prácticas comunicativas de los movimientos sociales, acercarnos a lo cultural como mediación articuladora de las solidaridades políticas y los conflictos.

Una segunda sensación de pertenencia me la ha provocado el reconocimiento que, implícitamente, hace de mi propia vida —de los motivos más profundos de la misma— al afirmar que el arte es expresión de vida y vía de acceso al conocimiento. En muchas ocasiones, como novelista, he afirmado la existencia de una razón y una ruta epistémica narrativas, así como María Zambrano en su tiempo abordó la existencia de una razón poética. Cuando un miembro de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación como Corral se hace eco del verso de Violeta Parra que identifica vida, canto y artista —“Si se muere el cantor, muere la vida”— para afirmar la histórica proyección comunicativa de la humanidad frente a la necesidad de encontrar alternativas al modelo socioeconómico que la oprime, yo como escritora me siento filósofa, política y militante de una acción comunicativa compartida. Por lo demás, Corral afirma que las escritoras formamos parte de ese puñado de intelectuales, de ayer y de hoy, que en Nuestra América sostiene la resistencia del sustrato cultural que no ha muerto del todo en un amplio sector de la base social.

Finalmente, participo desde lo profundo de mi ser de la sensación de peligro y rechazo al pensamiento único, que Manuel define como el elemento que proclaman y pretenden imponer tanto los neoliberales de hoy como los estalinistas de ayer. La idea que no hay alternativa al mercado globalizado, que somos prisioneras del uso y abuso de los recursos naturales, obligadas a permanecer en el rehilete de la producción, circulación y consumo de bienes materiales y simbólicos sin contenido histórico o local, idea difundida por todos los heraldos de la clase dirigente (*establishment*), no implica comunicación sino imposición del miedo a través de la amenaza de dejar de pertenecer al mundo concreto del propio

tiempo. No es una amenaza fácil de sortear: pertenecer a algo que se identifica como fundamental para una (la propia época, una cultura, un grupo o clase) en tiempos de la desaparición de los vínculos comunicativos, creativos, educativos y afectivos de la comunidad étnica, política o nacional, mediante guerras artificiales, deshumanización de los fines de la ciencia, concentración de la riqueza en cada vez menos individuos, pues pertenecer a algo es cuestión de sobrevivencia.

A lo largo del libro, hay más ideas, verdaderas utopías constructivas, a las que me adhiero y que de alguna manera han determinado mi modo de vivir; por ejemplo, que es urgente revertir la insatisfacción de las necesidades sociales, dejando de concebir la educación y el acceso a la salud como mercancías. Manuel Corral es docente desde 1976 del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM y en su mensaje vibra una voz de maestro alarmado cuando denuncia la tendencia a limitar los procesos educativos a simples procesos de instrucción y capacitación para el trabajo.

Sin embargo, más que hacer un elenco de las ideas con las que me identifico y de las dudas que ciertas afirmaciones me despiertan —como por ejemplo que existen “agresivos instintos biológicos” en los seres humanos— prefiero volver a la relación entre el título y el texto del libro y describir el nexo entre comunicación, conciencia nuestroamericana y esperanza con que Manuel Corral quiere establecer un código común entre él y nosotros, sus lectores y lectoras, más allá de las funciones económicas, políticas y culturales que el engranaje social asigna al aparato tecnológico para el desplazamiento del centro de la comunicación humana.

Desde la conciencia de la dinámica de la sociedad actual, Manuel Corral nos propone revisar los fenómenos de negación y los contrarios procesos de consagración de nuestra identidad latinoamericana, desde la perspectiva de que “la vida no está hecha sólo de resistencia permanente a los opuestos, es también complicidad, tácita o manifiesta, entre ellos”. La pasión por la vida nos pone en contacto e influye a través de la comunicación —que es intercambio— en todos los valores sociales: la

gastronomía, el arte, la fiesta, las ciencias, las creencias religiosas, la economía. América sólo puede ser concebida en constante proceso de mestización, como proyecto incluyente de pensamientos y voluntades de conformar una entidad política multiétnica y multicultural. Para Manuel, los ejemplos a seguir son los del criollismo humanista y el indianismo de Tupac Amaru, donde sueños y proyectos coincidían en la propuesta de una sociedad americana plural. Hoy, seguirlos implica estudiar y aprovechar las grietas de los mercados financieros y las redes de información del sistema dominante, así como visibilizar la intención final de los emisores del mensaje globalizado y excluyente.

Como después de consumada la Independencia, los deseos de identidad propios nos están siendo arrebatados por el olvido de la originalidad y la pretensión de modernidad; la desmestización en acto es un problema de la realidad latinoamericana, así como un programa que las élites dominantes han echado a andar hace ciento cincuenta años. La propuesta de Corral, tomando en cuenta este hecho, es resemantizar el ámbito de la comunicación en relación con la comunidad y la participación activa y libre de los sujetos. Por ello afirma que la comunicación requiere por fuerza de la participación, que es intercambio y reciprocidad. Convivir se explicita, en la propuesta de Corral, en diálogo y toma de decisiones sobre los asuntos que afectan a todas y todos.

FRANCESCA GARGALLO
FFyL-UNAM